DÍA DÉCIMOCTAVO

CONSIDERACIONES SOBRE LA DEVOCIÓN Á LA VIRGEN SANTÍSIMA

No hay cosa más legítima que el culto tributado á la Virgen santa; basta para justificarlo con recordar la naturaleza los caracteres, los efectos, y aquello que es el objeto.

Punto I°. — La naturaleza del culto tributado á María lo justifica. Y en efecto, ¿en qué consiste? en honrar á la Virgen, cual conviene honrar á la criatura á quien colmó Dios con los mayores favores. Se achaca á la Iglesia idolatría en el culto que tributa á la Virgen; ¿qué hay pues en ese culto que se parezca á la idolatría? La idolatría adora á sus ídolos, y espera de ellos la gracia, como si ellos fueran la fuente de ella; sus plegarias y homenajes se dirigen á ellos como último término. Al contrario, nosotros no consideramos á María sino como medianera entre Dios y nosotros; no le pedimos la gracia como si ella la poseyera, sino que le suplicamos la pida por nosotros; por grande que sea nuestro amor por ella, siempre será inferior á nuestro amor por Dios; ¿en qué pues somos idólatras?

Ese culto, dicen, es injurioso para Jesucristo, es poner en duda sus méritos, y substituirle un medianero. Eso no; porque hacemos mucha diferencia entre el Hijo y la Madre. Es Jesucristo el reparador por excelencia, sin el cual ninguna reparación fuera aceptada por Dios. El es fuente de reparación, como Verbo de Dios. Pero se puede muy bien considerar á María como reparadora de la humana naturaleza, pues por ella empieza nueva era para el mundo, y es su mediación tanto más poderosa con Dios, tanto más eficaz para nosotros, cuanto que ella no tuvo jamás nada que reparar para sí misma, habiendo sido siempre inmune de pecado, y aún de toda mancha original.

Y no digan que con llevar tan allá la grandeza de María, llegamos hasta confundirla con la de Dios. Por un arte de los más maravillosos y sencillos, dice el autor de *María en el plan divino,* el peligro de esa confusión se ha hecho imposible para la alabanza más entusiasta; por la razón muy clara de que el objeto de esa alabanza es la personalidad humana de María. Lo prodigioso de su grandeza, objeto de todo el culto que se le tributa, es que, siendo persona humana, como nosotros, haya sido elevada á tales alturas. Si fuera María de naturaleza divina, ya no habría gloria en ser madre de Dios. Todo lenguaje, todo culto de la piedad de los hombres hacia ella estriba en

que ella es una simple mujer. ¿ Para qué sirve objetárnoslo? pues confesamos la objeción, y hacemos de ella el motivo de nuestro culto á María. Cuanto más la exaltamos con nuestros homenajes, tanto más la distinguimos de la Divinidad, con quien se nos afea confundirla, porque lo que exaltamos es la criatura glorificada, la cual cesaría de serlo, si cesara de ser criatura, y la más humilde de las criaturas. Basta ese argumento para confundir la torpe objeción de idolatría que dirige el hereje al culto de la madre de Dios.

Punto II°. — *Caracteres del culto de María.* — Se presenta á nuestro respeto el culto de María con todos los caracteres de la religión misma : antiguedad, perpetuidad, universalidad.

1° Antiguedad. Se remonta hasta la cuna misma de Jesucristo. Sí, el pesebre de Betleém es el primer altar en que Jesucristo se inmoló, y también el primer trono en que María recibió los homenajes de los hombres. En efecto, con venir los pastores y los magos á adorar al Niño Jesús, honraron al propio tiempo á su madre. Esos rendimientos siguieron aún más gloriosos en la casa de José ; allí le honró Jesucristo, y ella mandaba á aquel á quien todo obedece [1]. Desde los primeros años que siguieron á la muerte del Salvador, vemos que la

1. Luc, II, 5 .

reverencian los apóstoles como madre del divino Maestro, y consignan sus títulos á la veneración de los fieles en el mismo artículo del Símbolo, en que reclaman adoraciones para su Hijo : *Qui natus est de María virgine* [1].

No busquéis el origen del culto que siempre fué tributado á María por la Iglesia. Hay ciertos sentimientos tan naturales que ni se mandan, ni se explican ; existían ya antes de observarlos, y se les obedece sin pensar en darse cuenta de ellos. El sentimiento de amor y veneración que de todo tiempo tuvieron los fieles para con María es de esa especie, es completamente espontáneo. Aunque menos aparente en los primeros siglos, es sin embargo tan general y profundo, que se indigna con sólo una palabra que ofendiera á la madre de Dios ; y que estalla su alborozo cuando la Iglesia confiere nuevo título de honor á la Virgen inmaculada [2].

2° La perpetuidad es el segundo carácter del culto de María. Los rendimientos que tributamos á la Virgen, le fueron tributados en todos los siglos por todos los santos doctores : ¡ Oh Virgen bendita ! exclama Orígenes, á tí recurrimos. ¡ Oh señora nuestra, oh reina, oh madre de Dios ! ruega por nosotros ; esa es la oración de san Atanasio. Yo me prosterno á tus pies, ¡ oh dueña soberana ! esa es la de san Efrén. Suplica al Señor que salve nuestras almas ; es

1. *Historia de Nestorio.*
2. Entusiasmo del pueblo en el concilio de Efeso.

oración de san Crisóstomo. San Agustín va más allá de todos esos homenajes al exclamar : Yo no sé donde hallar palabras dignas de cantar tus alabanzas, ¡oh divina María! Al ver pues que tales varones se esmeraron en celebrar las alabanzas de María, ¿quién se atreviera á vituperar el culto que nosotros le rendimos? Si hay exageración en él, es preciso echar la culpa á los santos Padres, y á los santos de todos los siglos ; si nosotros somos supersticiosos é idólatras en nuestro culto por la madre del Hombre Dios, todos los santos lo fueron antes que nosotros. ¡Qué bueno es equivocarse en semejante compañía !

3° La universalidad es el tercer carácter del culto de María. Una de las glorias de María es ver su nombre igualmente conocido y venerado por toda la tierra, no siendo los demás santos conocidos y venerados sino en tal ó cual ciudad, en tal ó cual región. Así pues san Pelegrín y san Germano se veneran en Auxerre, san Potino y san Ireneo en Lyon, san Martín y san Graciano en Tours, san Dionisio y santa Genoveva en París ; pero el culto de María no tiene más lindes que los del mundo católico. Llevan los misioneros su nombre á los salvajes de Oceanía al mismo tiempo que el de su divino Hijo ; y no hay aldea, por pobre que sea, que no tenga un altar en honra de la bienaventurada María, cerca del altar en honra de Jesús. De modo que, por sus caracteres de antigüedad, de perpetuidad y universalidad, el culto de María reclama nuestro acatamiento y veneración, y con razón le saludamos en toda la Iglesia con el título glorioso de Virgen digna de ser por siempre venerada. *Virgo veneranda, ora pro nobis.*

Punto III°. — Se justifica sobradamente el culto de María por sus efectos. Los efectos del culto de María son las bendiciones mismas que Dios se sirve esparcir sobre los fieles devotos de la Virgen, las gracias que alcanzan, los milagros en favor de quien se dirige con confianza á María bendita. Esos milagros se repiten todos los días : célebres conversiones, curas inesperadas, calamidades aplacadas por la invocación á María. Dicen que ya pasó el tiempo de los milagros ; pues ¿qué tiempo fué jamás tan fecundo en milagros? No hay más que abrir los ojos, y verlos. ¿Hay cosa más conocida que la medalla que llaman milagrosa? ¿Qué portentos no logra cada día la admirable asociación conocida con el nombre de Archicofradía del Corazón inmaculado de María, para la conversión de los pecadores? Recorred los diferentes santuarios erigidos en honor de la Virgen santa, y los encontraréis llenos de exvotos, imperecederos monumentos de las gracias que se alcanzaron por su intercesión.

Francia particularmente parece ser la hija privilegiada de María, su reino predilecto ; Luis XIII se la consagró solemnemente, y esta-

bleció en memoria de esa consagración procesiones públicas que se celebran en toda Francia el día de la Asunción. ¿ Qué son esas gracias y prodigios que se logran por intercesión de María ? ¿ Pueden ser otra cosa que la voz misma de Dios, el cual autoriza nuestra dovoción bendiciéndola ? Si el culto de María fuese idolatría ó superstición, ¿ la autorizaría Dios con tantos milagros ? Esforcémonos pues en el amor y veneración por nuestra buena Madre, muy persuadidos de que, con amarle y honrarle, hacemos cosa agradable á Dios é infinitamente provechosa para nosotros.

¡ Oh María, mi buena y tierna madre ! apiádate de mí, y no consientas que yo abandone jamás tu servicio ; sigue protegiéndome y conservándome en tu amor ; defiéndeme en el combate ; si soy débil confórtame ; si naufrago, sálvame ; si me caigo, levántame ; si me desvío, ponme en el camino ; si estoy enfermo, cúrame. Y en mi hora postrera, asísteme, recibe mi alma en tus manos, y preséntala á tu divino Hijo en el esplendor de los santos. Amén.

EJERCICIO

Al aproximarse la tentación, recurrir á María cual niño que, al ver una serpiente, se refugia en el regazo de su madre.

ANÉCDOTAS EDIFICANTES

El conde de Scholinski, noble polaco, á quien cogieron con las armas en la mano en la última lucha de Polonia con Rusia, fué condenado á muerte. Á tan terrible noticia, la condesa va á su hijo y se lo lleva á su oratorio ; hincándose con él de rodillas delante de un cuadro de Nª Sª de los siete dolores : *Santa Virgen María*, exclama, *ruega por nosotros. Ampáranos, sálvanos, devuelve un marido á su mujer, y un padre á su hijo. Acoge piadosa nuestras lágrimas, pues nadie te invocó jamás en balde, á tí que tanto amas á tu divino Hijo, que tanto padeciste también.* Y así concluyeron su oración Estanislao y su madre, algo aplacado su dolor con una secreta esperanza. Seguida de un criado, y acompañada de su hijo, se traslada la condesa á la prisión donde estaba detenido el conde. Por medio de algunas piezas de oro que dejó caer en manos del carcelero, logró penetrar hasta el sombrío calabozo. Tres cuartos de hora después, la infeliz condesa, ocultando su rostro, volvió á pasar delante de la guardia, con su hijo, llorosos ambos. El cuarto del prisionero no se abrió sino por la tarde, y al momento de la inspección clamó á grandes voces el carcelero pidiendo auxilio y gritando traición, pues en lugar del sentenciado á muerte encontró á la condesa su mujer. Habíase evadido el coronel Scholinski, llevándose á Paris á su hijo Estanislao.

Año y medio había transcurrido, ignorando todavía el conde la suerte de su valerosa esposa ; y á las solícitas preguntas de Estanislao, que sin cesar le repite : *Y cuándo vendrá mamá* ? él no contesta más que con palabras vagas, que mal disimulan la cruel inquietud de su pecho.

El niño había sido colocado en un colegio diri-

gido por unos eclesiásticos, y cada día crecía en instrucción, piedad y buenos sentimientos ; ya se acercaba la época de su primera comunión, y el pensamiento de su madre le acosaba sin cesar, *yo quiero*, decía, *que venga mi madre para mi primera comunión, y tiene que venir.*

Absorto en ese deseo, una tarde Estanislao se santiguó, y escribió esta carta á Pedro, el criado de la condesa, el cual se había quedado en Varsovia : « Pedro, ¿ tendrías á bien decir á mi madre que yo » comulgo por primera vez dentro de un mes, y que » es absolutamente preciso que ella venga á París » para presenciar mi comunión ? Si no le escribo á » ella, es porque cogen todas nuestras cartas, pero » espero que tú harás las diligencias para partici- » parle mi deseo... Tu adicto.

« Estanislao ».

« Dirás á mamá que vivo en el colegio, calle D. »

Escrita la carta, el muchacho incluyó en ella una imagen de la Virgen, para que tuviera buen éxito su misiva ; la cerró y la puso al correo. ¡ Ay de mí ! en el ínterin, el conde Scholinski recibía de un desconocido una esquela que contenía estas líneas : « Ya no hay esperanza, partida para la Siberia, resignación. Pedro va á probar la última intentona, pero dicen que al primer ensayo de evasión, la condesa será degollada. Por eso te queremos y compadecemos más. »

Aproximábase el día de la primera comunión, y ni á su padre, ni á sus maestros nada había dicho Estanislao de su carta, pero mucho había hablado de ella con Dios ; contaba los días, y contaba las horas, pensando en sí mismo : « Antes de tan hermoso día, yo haré una novena á la Virgen, y haré de modo que concluya esa novena justamente en el momento de recibir la absolución, y rezaré tanto y

tan bien, que la Virgen santa se verá precisada á devolvernos á mi madre. »

Llegó por fin la víspera del famoso día, y según una piadosa costumbre, fueron llamados al locutorio los padres para que bendijeran á sus hijos. Vino como los demás el conde Scholinski ; Estanislao se le echó al cuello, y después de recibir arrodillado la bendición paternal, dijo : *Esta es vuestra bendición, pero también espero recibir la de mi madre.* Se inmutó el padre — *Sabéis que mi madre está para llegar.* — ¡ Ah ! contestó tristemente el conde. — *Yo quiero que presencie mi primera comunión, y la presenciará. Sabed, querido papá, que empecé una novena á la Virgen, y acaba á las cinco, recibiré la absolución á las cuatro, entonces quedaré blanco como los ángeles, y suplicaré á la madre de Dios bueno que me devuelva la mía esta tarde, ó mañana sin falta.* — ¡ *Vamos* ! interrumpió el conde queriendo sonreirse, y no pudiendo seguir semejante conversación, dejó á su hijo y se fué.

Serían las cinco de la tarde ; Estanislao se dirigía hacia el alojamiento del portero, cuando se encontró con uno de los eclesiásticos de la casa : — ¿ Adonde vas, hijo ? — *Voy á ver si alguien pregunta por mí.* — Si ya vino tu padre esta mañana — *Bueno, señor, pero yo espero otra visita, espero á mi mamá.* — Tu mamá no está en París. — *Va á venir, estoy seguro.* — Vamos, hijo, yo concibo tu deseo y tus plegarias ; pero déjate de distracciones esta tarde, amiguito, ya pasó la hora de las visitas, y vuélvete con tus condiscípulos.

Estaba concluída la novena, y el muchacho se figuraba que para hacer bien las cosas, la Reina del cielo iba á devolverle á su madre inmediatamente. No ir á preguntar al portero fué para él grande sacrificio, y lo hizo con generosidad. « Así como así, dijo, al llegar mi madre preguntará por mí ». Dan las seis, las siete, luego las ocho, y... nadie. Ya

cenaron todos, y están para subirse al dormitorio; Estanislao desmayaba algo... Mientras tanto, una mujer vestida malamente, y con desencajado semblante, entraba en la habitación del portero, y preguntaba por el joven Scholinski.

Receloso el portero por tan tardía visita, se niega á llamar al muchacho ; por fin aburrido, consiente en dejar que la condesa (pues ella era) se acercase á la ventana y mirase á los alumnos que desfilaban en el patio. Estanislao, que contaba con el regreso de su madre, se salió de las filas para dar una ojeada á la vivienda del portero ; la madre no tuvo más que el tiempo de gritar : « ¡ Ahí está, ahí esta! y cayó desmayada. Pero ¿ cómo llegaba la condesa cabalmente á la hora que indicara su hijo ? De este modo : Ella se había escapado de las manos de los que la llevaban á Siberia, había huido hacia Francia sin recurso alguno, ni dinero, y disfrazada, llegando así á París. ¿ Adónde dirigirse en la inmensa ciudad ? Por fortuna, en la carta dirigida á Pedro, se hallaba la dirección del colegio donde estaba Estanislao, y así es como la condensa pudo llegar directamente á su hijo.

Al día siguiente, el conde y la condesa Scholinski pudieron reunidos, felices y entusiasmados, asistir á la primera comunión de Estanislao. — Doctor Massé.

Leyenda del buen ladrón. — Relata una antigua tradición que en su huida á Egipto atravesando el desierto, la santa Familia se paró una noche en una caverna de ladrones. Fué recibida con una hospitalidad ruda pero benévola por la mujer del jefe de la cuadrilla. Acaso la bondad en ella era hija de la aflicción, lo que suele suceder en las mujeres, pues tenía un hermoso niño, vida de su alma, el único ser dulce é inocente, en medio de la vida salvaje y criminal que le rodeaba, y ese niño era blanco como la nieve, demasiado blanco, pues su blancura era lepra. Y por eso ella le quería más, y con más cariño le apretaba en su seno cual lo hacen las madres ; por causa de su infortunio, ese niño era para ella más que nunca su luz y su vida. María y Jesús, la mujer del ladrón y el niño leproso, todos juntos en la caverna, ¡qué hospedaje para el Redentor !

María pidió agua para lavar á Nuestro Señor, y se la trajo complaciente la mujer del ladrón. La bondad, al abrir el corazón, abre igualmente los ojos del espíritu. La mujer del ladrón vislumbró algo extraordinario en sus huéspedes : lleno de amor y como de fe, el corazón de la divina madre. No hay como el corazón materno para adivinar : tomó el agua con que María había lavado á Jesús, y lavó al leprosito Dimas, cuya carne se volvió tan rosada y bella como una madre podía desearlo. Largos años transcurrieron ; el niño había dejado los brazos de su madre, ejecutando actos de infantil valentía en las arenas del desierto ; por fin Dimas llegó á la edad de juntarse con la cuadrilla, y aunque pareció conservar hasta lo último algo del corazón de su madre, llevó sin embargo una vida violenta y criminosa, y últimamente, Jesús le vió llevar preso en el recinto de las murallas de Jerusalén. Clavado en una cruz, y consumido de fiebre en ardorosa agonía, tuvo la perversidad de dirigir palabras de desprecio al inocente que padecía á su lado. Jesús guardaba silencio, y mirándole Dimas, vió en él yo no sé qué ajeno de un criminal, lo qué quizá vió su madre treinta y tres años antes en la caverna, el niño en cuyo baño se había curado su lepra. ¡Desventurado Dimas ! la lepra que ahora tienes es más peligrosa, y necesita sangre en vez de agua. De repente la fe obra en él. Acaso se parecía su corazón al de su madre, y moraba en él la fe en cierto modo natural ; comprende la escena de la cruci-

fixión, el ruego de Cristo por los que le ultrajan, la mirada de misericordia que le echa Jesús moribundo. Ya basta, y al instante va á profesar su fe, porque de abajo se eleva la plegaria de la santa Madre, envolviendo al pecador en verdadera nube de misericordia. « Señor, acordaos de mí cuando entréis en vuestro reino. » Ved cuán rápidamente supera algunos de los apóstoles. Está clavado en la cruz para morir, y sabe que no es en un reino terrenal donde se acordarán de él. « Tú estarás hoy mismo conmigo en el paraíso. » ¡El paraíso por la hospitalidad de la caverna! ¡Venturoso ladrón! Y muere Jesús, y abre una lanza su costado, y la sangre que brota riega cual dulce rocío los miembros del moribundo ladrón, y aunque no está allí su madre la de la caverna, otra madre tiene al pie de la cruz, y ésta lo envía con su hijo al paraíso, para ser el primero del sinnúmero de hijos que debían entrar en la gloria por la preciosa sangre

---

Antigüedad del culto de María en Francia. — Sabemos que, entre las naciones envueltas en las tinieblas de la idolatría, se conservaron algunos vestigios de las tradiciones primitivas, comunes á todo el género humano. Una de esas tradiciones enseñaba que una Virgen madre daría á luz al Libertador esperado por todos los pueblos. Por todas partes se encuentra esa tradición; pero la historia de las antigüedades galas nos ofrece sobre ello un ejemplo muy notable: En las cercanías de la ciudad de Chartres, se extendía una frondosa selva, donde los druidas practicaban sus misteriosos ritos. Más de una vez sin duda habían presenciado sus sombras los sangrientos sacrificios que las crueles divinidades reclamaban, pero dejando las veredas, é introduciéndose en las sombrías revueltas de las selvas, se llegaba á una gruta oculta y apartada de

todas las miradas. Se hallaba en ella un altar con esta inscripción: *A la Virgen que ha de dar á luz. Virgini parituræ.* Y la estatua de una mujer con un niño en sus rodillas recibía en ese sitio los homenajes de los druidas. Así se había perpetuado la promesa hecha á nuestros primeros padres, en el momento en que salieron del Edén para siempre; así, en medio del paganismo, se esperaba á la Virgen, madre del Redentor, cual aurora de paz, de salvación y misericordia. María, la predestinada para ser la reparadora del género humano, existía en las Galias mucho antes de la hora de su nacimiento, y los tiempos no han hecho más en lo sucesivo que confirmar estos primeros homenajes.

Desde los primeros días del cristianismo, san Dionisio el areopagita fué enviado por los apóstoles para evangelizar las Galias. En aquel tiempo todavía estaba la madre de Jesús en vida, y san Dionisio tuvo alguna vez la dicha de contemplar las facciones mortales de aquella que fué la madre de Dios. Estando para partir, se echó á sus pies, pidiéndole su bendición y oraciones por la región idólatra en que iba á anunciar á Jesucristo. María levantó las manos al cielo, y desde aquel momento se fundó la Iglesia en las Galias.

Ese es el origen del culto de María en Francia y de la protección que en cambio nos concede. Y desde entonces, ¿quién podría contar los testimonios de veneración que este país tiene prodigados á su soberana, y los favores con que ella pagó tan constante amor?